

Las ruinas en los *Comentarios reales*

Fernando Rodríguez Mansilla
Hobart and William Smith Colleges

Un estudio de las ruinas en los *Comentarios reales* del Inca Garcilaso de la Vega, del cual este trabajo es solo un primer acercamiento, conformaría en realidad un capítulo de la identificación de los incas con Roma, pues se trata de asuntos indesligables. En la obra de Garcilaso dicha identificación empieza en el famoso aserto incluido en el “Proemio al lector” de la primera parte de los *Comentarios* en el que se afirma que Cuzco “fue otra Roma en aquel imperio” (vol. I, 8).¹ Debemos a Sabine MacCormack la explicación más clara al respecto: los españoles encontraron una semejanza entre los incas y los antiguos romanos al observar la severidad de sus leyes y el complejo sistema de caminos que les permitió desplazarse por el imperio y conquistarlo más rápidamente de lo que pensaban (202-220). Más allá todavía, identificar a los incas con Roma era parte de un método de traducción de una realidad muy diferente (la americana) para una audiencia, como la europea, que encontraba en esas semejanzas una forma de comprender mejor aquella civilización que se había desarrollado de espaldas a la occidental (MacCormack, 14-28 y Campos-Muñoz).

Ahora bien, la romanización de los incas suponía un movimiento adicional: su envejecimiento prematuro, ya que, en relación con la Europa del siglo XVI, la tecnología incaica estaba desfasada y eso facilitaba la identificación con la antigua Roma. Si a ello se suma la destrucción de buena parte de la infraestructura dispuesta por los incas, ora por abandono, ora por mano de los propios conquistadores, el panorama de ruinas de un imperio tan reciente fortalecía mucho más la semejanza al momento de la escritura de Garcilaso. El fenómeno no deja de ser llamativo: el imperio incaico ciertamente tuvo duración breve (apenas un siglo, más o menos, del siglo XV a 1533, cuando se captura al rey inca Atahualpa y se provoca su debacle) y el deterioro de sus construcciones tras la conquista es cuestión de décadas, de forma que para inicios del siglo XVII el viajero que fuese a Cuzco tendría una experiencia sin duda parecida a la de uno que visitase Roma. El proceso de envejecimiento y canonización de la ciudad que en Europa había tomado siglos (el periodo que conocemos como Edad Media) en Perú se produjo en apenas el transcurso de una generación.

Evidentemente, los acontecimientos (conquista, guerras civiles entre conquistadores casi en paralelo con rebeliones indígenas e imposición final de la Corona) se habían precipitado y la interpretación histórica se amoldaba a ello. Un sujeto como Garcilaso, nacido en 1539 (apenas seis años después de la llegada de los españoles), evoca su infancia cuzqueña y recuerda que ya entonces, una década después de la conquista, de las edificaciones incaicas quedan mayormente ruinas. Esto le dio pie, con seguridad, a consolidar su método historiográfico, surgido alrededor de los anticuarios andaluces que lo acogieron, el cual se basaba en el examen de vestigios y

¹ Dentro del proyecto historiográfico de Garcilaso, el texto titulado *Comentarios reales*, publicado en 1609 constituía la primera parte de una obra más amplia, cuya segunda parte, publicada un año después de la muerte del cuzqueño, se vino a titular *Historia general del Perú* (1617), nombre que la desconectaba aparentemente del primer texto. El carácter póstumo de la publicación explicaría el cambio de título, totalmente ajeno a la voluntad del autor. Sin embargo, mantengo para los fines de mi análisis la diferencia, tradicional, entre ambos textos, los cuales, en el plan original eran una sola obra, pero la fortuna editorial ha dividido. Por ello, mi estudio se restringe a las ruinas en la primera parte de los *Comentarios reales* y solo menciono la *Historia general del Perú* cuando sea oportuno para mi argumentación. Las citas de los textos garcilasianos se harán señalando en primer lugar el volumen correspondiente de las ediciones manejadas, luego el libro y el capítulo en romanos, y al final el número de página en arábigos.

etimologías que remitían al pasado romano de la península (Bernand, 225-228). Si en la época de Garcilaso, “the ruins of the city [Roma] were like fragments of a corrupted manuscript that had to be amended and edited” (Cacho Casal, 1167), la escritura del imperio incaico, tal como se plasma en los *Comentarios reales*, echa mano del principio de interpretar las ruinas como un palimpsesto que revelaría la envergadura de la civilización cuya historia se narra.

La condición de palimpsesto que se puede atribuir a la ruina demuestra su dimensión de activadora de la memoria y la creatividad. Como lo propone Castro-Klarén, de quien tomo prestada la imagen del palimpsesto, las ruinas operan como “sites of free play where creativity and affect generate layered pages that at times prove singularly strong and indelible” (77). En el primer libro de los *Comentarios reales*, Garcilaso advierte de esta empresa historiográfica basada en la reconstrucción, cuando se refiere a la civilización incaica como una “república, antes destruida que conocida” (vol. I, libro I, cap. XIX, 49).

En las páginas que siguen emprenderé un catálogo sucinto de las ruinas que presenta Garcilaso en el texto de los *Comentarios reales* y analizaré su función dentro del discurso historiográfico del cuzqueño. Garcilaso recuerda a su lector constantemente que el legado de los incas se encuentra desperdigado en las piedras que decoran el territorio actualmente gobernado por los españoles. Mi hipótesis es que las ruinas permiten discutir las continuidades y las rupturas entre el imperio incaico, ya extinto, y el nuevo orden político peruano, no tanto para proponer un cuestionamiento del *statu quo* presente, como para componer en el espacio textual la memoria de los incas como antiguos reyes del Perú.

Para empezar, no todo lo que construyeron los incas ha sido arrasado. En su narración de la tecnología incaica, Garcilaso expone elementos que se han conservado por su utilidad, como los puentes colgantes de mimbre. Garcilaso destina el capítulo VII del libro III a describir cómo se construyó el primero de estos puentes. Cierra el capítulo comentando la grandiosidad de la obra y cómo está ha logrado permanecer, pese a la tendencia destructiva del paso de los conquistadores por el territorio:

Obra por cierto maravillosa, e increíble, si no se viera como se ve hoy, que la necesidad común la ha sustentado, que no se haya perdido, que también la hubiera destruido el tiempo, como ha hecho otras que los españoles hallaron en aquella tierra, tan grandes y mayores. En tiempos de los Incas se renovaban aquellas puentes cada año; acudían a las hacer las provincias comarcanas, entre las cuales estaba repartida la cantidad de los materiales, conforme a la vecindad y posibilidad de los indios de cada provincia. Hoy se usa lo mismo. (vol. I, libro III, cap. VII, 144)

El puente es ejemplo de la vigencia de las formas de trabajo colectivo prehispánico entre los indígenas y una evidencia del ingenio que supera los obstáculos naturales y el tiempo mismo. En el capítulo siguiente, precisamente, Garcilaso resalta que el puente de mimbre se volvió, al erigirse, un instrumento de conquista pacífica, pues “recibieron aquellos indios tanta admiración de la obra de la puente que sola ella fue parte para que muchas provincias de aquella comarca recibiesen al Inca sin contradicción alguna” (vol. I, libro III, cap. VIII, 145). La anécdota da pie a Garcilaso a repetir la idea de la simpleza de los indios, que hacía que venerasen con facilidad tanto a incas como a españoles más tarde, frente a la tecnología que estos grupos les presentaron sucesivamente. Junto al puente de mimbre, Garcilaso menciona una calzada en cuya construcción participó el mismo rey inca Maita Cápac, razón por la cual “esta calzada han tenido y tienen hoy en gran veneración los indios de aquella comarca, así porque el mismo Inca trabajó en la obra

como por el provecho que sienten de pasar por ella” (vol. I, libro III, cap. VIII, 145). Nótese que la construcción de calzadas es otro rasgo romano de sencilla verificación en el entorno inca.

De la exposición de Garcilaso me interesa resalta una idea que reiterará al ocuparse de las ruinas que han quedado del imperio incaico: la maravilla que supone la construcción debido a la dificultad del territorio andino y la pobreza tecnológica de aquella civilización. Garcilaso llama la atención todo el tiempo, frente a lo que se ha conservado y lo que se ha arruinado, respecto de lo meritorio que es haber erigido, con tan pocos recursos o conocimientos, construcciones así. Ahora bien, si aquellas construcciones se han mantenido, excepcionalmente, por su utilidad para la circulación de las gentes, el fin del imperio trajo también el abandono de otra infraestructura incaica, como las acequias necesarias para la irrigación. Así, Garcilaso no deja de observar el descalabro de la agricultura tras la conquista: “Estas acequias para las dehesas se perdieron luego de que los españoles entraron en la tierra, pero viven hoy rastros dellas” (vol. I, libro V, cap. I, 226). Es decir, quedan ruinas que atestiguan aquella eficiencia de antaño, producto del descalabro del orden social previo.

Pasemos ahora a observar el tratamiento narrativo de las ruinas provocadas por el brazo del hombre, el cual constituye un rasgo original en el texto de Garcilaso. Recuerda Candelas Colodrón que, en la tónica de las ruinas, se apunta a los estragos del tiempo en lo que queda de una época de esplendor (66). Para López Bueno, al mismo tiempo, las ruinas son el testimonio del “trofeo del tiempo,” el gran protagonista oculto del tópico (91). En las ruinas que diseña Garcilaso, la causa no está tanto en el tiempo o el abandono, como en la destrucción intencionada que llevaron a cabo los españoles codiciosos. Si, en la típica recreación de las ruinas, estas reflejan la caída de una civilización a causa de la soberbia, que el tiempo ha destruido, en las ruinas incas se apunta a otra lección moral más compleja. Esta pasa por la crítica de la conquista como guiada por la codicia, una idea que tuvo gran fortuna en las letras del Siglo de Oro (Brioso Santos, 135-141 y Rivers, 856-857) y que Garcilaso adopta como punto de partida, para luego superarla.

En efecto, un primer uso de la ruina en los *Comentarios reales* es el de servir como reclamo para denunciar la codicia de los conquistadores, los cuales han destruido monumentos bajo la creencia de que albergaban tesoros. Es lo que ocurre en el cap. XXII del libro V de los *Comentarios reales*, en el cual se describe el templo erigido en honor al fantasma, con apariencia de hombre europeo, que se le apareció al inca Viracocha para permitir, como parte de un plan providencialista, la salvación del imperio en el contexto de la guerra con los chancas:

Con ser templo de tan estraña labor, como se ha dicho, lo han destruido los españoles, como han hecho otras muchas obras famosas que hallaron en el Perú, debiéndolas sustentar ellos mismos, a su costa, para que en siglos venideros vieran las gentes las grandezas que con sus brazos y buena fortuna habían ganado. Mas parece que a sabiendas, como envidiosos de sí propios, lo han derribado por el suelo, de tal manera que el día de hoy apenas quedan los cimientos desta obra ni de otras semejantes que había, cosa que a los discretos ha lastimado mucho. (vol. I, libro V, cap. XXII, 273)

Aquí Garcilaso desarrolla una idea que desborda el trillado argumento de la codicia para explicar la destrucción de edificaciones incas. El cuzqueño reflexiona, más bien, sobre la vanidad humana, apuntando a la ignorancia del que no sabe preservar la memoria necesaria para difundir la grandeza del conquistado como medio de exaltación de la grandeza, aún mayor, de quien conquistó. Si en España era lugar común quejarse de la falta de letras para perennizar las hazañas, en contraste con la paradigmática producción italiana (Binotti, 136-137), Garcilaso brindaría una

función equivalente a la de la escritura a las construcciones del pueblo conquistado, las cuales habrían ayudado a celebrar la fama de los vencedores de haberse mantenido en pie. El historiador echa en falta, de parte de los españoles, un principio de conservación. Los conquistadores son “envidiosos de sí propios,” porque no han sabido dejar una memoria patente de lo realizado. Recuérdate que, a principios del XVII, los mismos años de composición de los *Comentarios reales*, Fray Diego de Ocaña emprende un viaje por tierras americanas y en el reporte que hace de su visita brinda una versión de la conquista, recogida a través de su diálogo con criollos que encuentra a su paso, llena de inexactitudes. Esto revelaría la fragilidad de la memoria colectiva sobre los hechos de los conquistadores o su deformación por diferentes motivos (políticos, identitarios, etc.), como lo ha estudiado Beatriz Peña Núñez (287-313). Defender la memoria, por tanto, y conservarla mediante el estudio de sus vestigios (como las ruinas incas) era un argumento muy importante para Garcilaso al momento de emprender su obra historiográfica, porque el relato de lo ocurrido tendía a la tergiversación.

Más allá de esta crítica a la negligencia de los españoles para conservar lo que redundaría en su propia gloria como conquistadores, Garcilaso se propone dar una explicación práctica, que revelaría la falta de discreción de los hazañosos:

La principal causa que les movió a destruir esta obra, y todas las que han derribado, fue decir que no era posible sino que había mucho tesoro debajo della. Lo primero que derribaron fue la estatua, porque dijeron que debajo de sus pies había mucho oro enterrado. El templo fueron cavando a tiento, ya aquí, ya allí, hasta los cimientos; y desta manera lo han derribado todo. (vol. I, libro V, cap. XXII, 273)

Los españoles destruyen edificios guiados por la codicia, sin orden siquiera o proyecto ideológico detrás, sino “a tiento,” por donde les placía, hasta dejarlo en ruinas. La idea de que encontrarían oro estaba seguramente fundada en un hallazgo que se había hecho ya en algunas construcciones incaicas, según lo señala también Garcilaso más adelante en su texto. En el cap. I del libro VI, se cuenta que

en muchas casas de la realeza y templos del Sol [los incas] echaron plomo derretido y plata y oro por mezcla [...] Echábanlo para mayor majestad, lo cual fue la principal causa de la total destrucción de aquellos edificios, porque, por haber hallado estos metales en algunos dellos, los han derribado todos, buscando oro y plata, que los edificios eran de suyo tan bien labrados y de tan buena piedra que duraran muchos siglos si los dejaran vivir. (vol. II, libro VI, cap. I, 8)

La codicia entonces guardaba algún fundamento, dada la experiencia con ciertas construcciones, lo cual explica, pero no justifica lo llevado a cabo, siempre según Garcilaso. La ruina en el texto no es entonces huella de la decadencia de la civilización incaica sino “total destrucción” a manos de los codiciosos que se apropiaron de sus tesoros. El brazo del hombre produce ruinas, por ignorancia frente a sus propias virtudes: los conquistadores son los “envidiosos de sí propios,” es decir los arrogantes que no entienden la fugacidad de su victoria y carecen de sentido de memoria e historia. Garcilaso, entonces, no se queda en la mera acusación de los españoles como destructores de un pasado espléndido por codicia (como reza el tópico), sino como aquellos que por suprema arrogancia (o envidia de sí mismos) no quisieron dejar testimonio del imperio que vencieron. De forma más compleja (en segundo grado) las ruinas cumplen su

cometido de criticar la soberbia, pero ya no tanto la del pueblo que levantó las construcciones, sino la de quienes las echaron abajo.²

Otro tipo de desarrollo en Garcilaso es el de la ruina como manera de recrear el pasado, apelando a su capacidad evocadora en la mente del lector. Este recurso lo encontramos en la *Historia general del Perú*, cuando los españoles llegan a Túmpiz, actual Tumbes, en la costa norte del Perú. Garcilaso narra el primer encuentro con los naturales, con la famosa escena de Pedro de Candía, armado de pies a cabeza sosteniendo una cruz en la mano derecha, quien debe enfrentar a las fieras que le echan para despedazarlo. El español, completamente solo, “llegó al pueblo, halló la fortaleza y la plaza llena de gente apercebida con sus armas” (vol. I, libro I, cap. XI, 41). Los nativos quedan tan impresionados ante su presencia que no osan atacarlo y solo atinan a lanzarle un león y un tigre, ambos obsequios dejados por el inca Huaina Cápac, quien había conquistado y anexado este nuevo territorio a su imperio. Para darle más fuerza a la escena guerrera y providencial (ya que las fieras se postran a sus pies al ver la cruz), se evoca aquella fortaleza, también vestigio del paso del rey inca Huaina Cápac por aquellas tierras. Para ilustrar el pasaje, se recoge el testimonio del cronista Pedro Cieza de León, quien había conocido solo sus ruinas. Este, para ponderar la magnitud de la obra civilizadora del rey inca, las identifica con la construcción tal como debió ser: “En tiempo que no estaba arruinada, que fue a lo que dicen, harto de ver” (vol. I, libro I, cap. XI, 41). En ese contexto, la alusión a una fortaleza en todo su esplendor, permite, por una parte, recrear una escena cabaleresca a la manera de las ficciones de la época, con lo que la escena impresiona al lector dada la familiaridad de la situación³; y, por otra parte, explotar el contraste entre un tiempo pasado de hazañas, con Pedro de Candía en primer plano y Huaina Cápac al fondo, y un presente ruinoso, en el que solo queda imaginar la escena. Mediante esta maniobra, Garcilaso hace patente el paso del tiempo y la constitución de un pasado histórico que raya en lo legendario.

Me quiero ocupar ahora de una sección en particular de los *Comentarios reales* que está organizada alrededor de la descripción y el comentario en torno a un conjunto de ruinas, las de la fortaleza del Cuzco que actualmente se conoce como Sacsayhuamán. En tres capítulos del libro VII (caps. XXVII-XXIX) de los *Comentarios reales*, Garcilaso diseña lo más cercano a una poética de las ruinas incas alrededor de dicha fortaleza, ya que desarrolla varias de las reverberaciones que he venido apuntando. El cap. XXVII, “La fortaleza del Cuzco; el grandor de sus piedras,” presenta la más emblemática de las construcciones incaicas, cuya evidencia, indica Garcilaso, son las ruinas y no los cimientos, ya que las ruinas que quedan son piedras colosales. El origen de esta descripción encomiástica en el texto de los *Comentarios reales* podría hallarse en la moda de la poesía de las ruinas en el Siglo de Oro. Si bien dicha lírica tiene como fuente primaria las composiciones en italiano sobre Roma, aparecieron pronto en español textos que cantaban ruinas locales, como Itálica, Sagunto, Numancia, etcétera (Lara Garrido, 394). Particularmente, Garcilaso, afincado primero en Montilla y luego en Córdoba, pudo encontrar en la poesía sobre Itálica, una ruina local andaluza, una inspiración. Esto ayudaría, de paso, a entender

² Esto no quiere decir que los incas, dentro de los *Comentarios reales*, estén desprovistos de la ambición asociada con el ejercicio del poder. En otro lugar del texto, Garcilaso señala que, como reyes, deseaban acumular más territorios y gentes: “De día en día crecía a estos Incas la codicia y ambición de aumentar su reino” (vol. I, libro III, cap. V, 139).

³ La fiera que se rinde al caballero es un motivo clásico, ya presente en el *Poema de Mio Cid* y hasta parodiado en *Don Quijote de la Mancha* (parte II, cap. XVII), cuando al manchego el león le da la espalda con apatía. A. Martín recuerda que el león es símbolo del poder del monarca, mucho cuando el felino muestra su sumisión poniéndose a sus pies, como lo muestra la pintura de la época (458-459). En el pasaje de los *Comentarios reales* la escena se carga de un significado providencialista adicional que justifica la docilidad de los indígenas frente al conquistador, lo cual facilita la empresa de Pizarro y sus hombres.

que permee su descripción de menciones a su propia infancia: para él, hablar de aquellas ruinas de Cuzco es hablar de un motivo de orgullo local también, un principio de identidad que surca su obra desde la adopción misma de su *pen name* de “Inca”.

Esta fortaleza, sostiene Garcilaso, fue erigida por los incas “para mostrar su poder y majestad” (vol. II, libro VII, cap. XXVII, 146), con lo que nos hallamos frente al principio de observar la ruina como testimonio del pasado glorioso. La fortaleza forma parte de las “glorious ruins”, es decir aquellas que reflejan el poder del pasado, frente a las “renovation ruins”, aquellas que son sepultadas por construcciones nuevas y de las que solo quedan huellas (Taylor, 14). En su texto, Garcilaso también hablará, más adelante, de las “renovation ruins”, por lo que se puede percibir una yuxtaposición de ambos conceptos en su escritura.

A continuación, adoptaré dos conceptos que acuña G. Verdesio para el análisis de las ruinas: debemos distinguir entre *ergon*, es decir la ruina como espacio físico, y la *energeia*, el trabajo detrás de aquel producto humano (81). En su recreación de la fortaleza, la prosa de Garcilaso se mueve igualmente entre ambos conceptos. Garcilaso enfoca lo admirable a partir de la negación: detalla toda la tecnología que los incas no tenían para que el lector se admire de la hazaña emprendida. Para ello, recrea el trabajo o *energeia* que significó el transporte de las piedras:

No tuvieron bueyes, ni supieron hacer carros ni hay carros que las puedan sufrir ni bueyes que basten para tirarlas; llevábanlas arrastrando a fuerza de brazos con gruesas maromas; ni los caminos por do las llevaban eran llanos, sino sierras muy ásperas, con grandes cuestras, por do las subían y bajaban a pura fuerza de hombres. (vol. II, libro VII, cap. XXVII, 146)

Para darle sustento a su descripción, Garcilaso apela a comparaciones con lugares más familiares para el lector peninsular y a testimonios de testigos que las han visto. Así, apunta que el río Yucay, por el cual pasaron una de las grandes piedras, “es poco menor que Guadalquivir por Córdoba” (vol. II, libro VII, cap. XXVII, 146), para que se pueda estimar el largo del cauce que debieron vadear transportándola. Declara haber recogido informes de corresponsales suyos en Cuzco, con la dificultad de que le enviaron las longitudes en brazas y no en varas y ochavas; unidades de medida estas últimas (menores que la braza) que brindarían una mayor exactitud a la descripción. Para apoyarse en un testigo prestigioso, hace una extensa cita del cronista jesuita Josef de Acosta, quien midió las piedras con precisión y presentó un relato detallado en su *Historia natural y moral de las Indias*. El uso de la cita que hace Garcilaso es inteligente, ya que elige el fragmento en el que el jesuita expone su medición y su asombro, con gran énfasis en la *energeia* de los indígenas, pero omite el comentario final del religioso, por no ser oportuno para su identificación de incas con romanos. Tras la medición, Acosta elabora un comentario que resta dignidad romana a la arquitectura incaica y la confunde con otra clase de templos, desluciendo un poco: “Pero, aunque eran grandes estos edificios, comúnmente estaban mal repartidos y aprovechados, y propiamente como *mezquitas* o edificios bárbaros” (libro VI, cap. XIV, 215). Por contraste, la interpretación de Garcilaso es diáfana, en tanto el tamaño de las piedras expresa el poder de los incas: “Los Incas, según lo manifiesta aquella su fábrica, parece que quisieron mostrar por ella la grandeza de su poder, como se ve en la inmensidad y majestad de la obra; la cual se hizo más para admirar que no para otro fin” (vol. II, libro VII, cap. XXVII, 148). El historiador parece replicar a la crítica de Acosta en torno a la disposición y funcionamiento del edificio sosteniendo que su único objetivo o “fin” era causar ante todo admiración.

En el capítulo siguiente, el XXVIII (“Tres muros de la cerca, lo más admirable de la obra”), Garcilaso se detiene a examinar el primer muro de la cerca de la fortaleza, en el que se encuentran “las piedras mayores, que hacen increíble el edificio a quien no lo ha visto y espantable a quien lo mira con atención” (vol. II, libro VII, cap. XXVIII, 149). Garcilaso tiene la necesidad de explicar cómo fue posible la proeza, ya que la opinión vulgar es que la disposición de piedras así de grandes es producto de encantamiento u obra del demonio: postula que eran peñas que los nativos encontraban sueltas en los alrededores de la construcción y todo su arte, y mayor dificultad, consistía en encajar sus formas, sin emplear piedras más pequeñas para suplir vacíos, de manera que “todas fuesen de admirable grandeza, y que unas a otras se abrazasen, favoreciéndose todas, supliendo cada cual la falta de la otra, para mayor majestad del edificio” (vol. II, libro VII, cap. XXVIII, 149). La humanización de las piedras a partir de verbos (“abrazasen”, “favoreciéndose”, “supliendo”) es un indicio de su identificación posterior con los hombres, según veremos. Es más: la insistencia en la forma tan desigual de las piedras permite contrastarlas con la imagen emblemática, ampliamente desarrollada en el Siglo de Oro, de la piedra cuadrada o cúbica como símbolo de la virtud firme (García Mahiques, 222). Las piedras incaicas no son simbólicas ni producto del artificio, sino completamente naturales y llenas de vida como los hombres que las transportaban.

Encareciendo más el edificio, el cuzqueño añade el comentario de un religioso montillano que vio el gran tamaño de las piedras y, como no podía explicarse cómo levantaron la cerca, seguía atribuyendo la construcción al demonio. Para oponerse con suavidad a aquella opinión, Garcilaso pondera la fortaleza diciendo que excede a la labor que entrañaron las siete maravillas del mundo. A partir de este punto, se advierte en el texto de Garcilaso la influencia de la *Silva de varia lección* de Pedro Mexía.⁴ Para empezar, el cuzqueño sostiene que obras como la muralla de Babilonia, el coloso de Rodas o las pirámides de Egipto son producto del trabajo de los hombres y la mezcla de ciertos materiales conocidos, “mas imaginar cómo pudieron aquellos indios, tan sin máquinas, ingenios ni instrumentos, cortar, labrar, levantar y bajar peñas tan grandes [...] y ponerlas tan ajustadas como están, no se alcanza; y por esto lo atribuyen a encantamento, por la familiaridad tan grande que con los demonios tenían” (vol. II, libro VII, cap. XXVIII, 150). El empleo de “indios” en lugar de “incas” en este pasaje expresa un empequeñecimiento que busca promover, mediante la falsa modestia, una mayor admiración del lector: “aquellos indios”, dicho para enaltecer más su trabajo, “tan sin máquinas, ingenios ni instrumentos” lograron levantar una fortaleza equiparable a las maravillas antiguas que todo lector culto identificaría fácilmente.⁵

En el capítulo XXXII de la parte III de su *Silva de varia lección*, Mexía comenta que el orden en que las siete maravillas suelen presentarse es arbitrario y que, por ende, el suyo también lo es. Pues bien, el orden que propone Garcilaso es el mismo que sigue la exposición de Mexía: Babilonia, Rodas y Egipto. De esta miscelánea también podría provenir la interpretación del tamaño de la fortaleza en relación directa con el poder de los incas, ya que, según Mexía, las

⁴ Más allá de la popularidad de la obra de Pedro Mexía en el Siglo de Oro, consta que se hallaba en la biblioteca personal de Garcilaso (Miró Quesada, 296).

⁵ En los *Comentarios reales*, Garcilaso suele emplear el término “inca” para designar a los antiguos gobernantes del Perú, a los que atribuye nobleza, sabiduría y habilidades políticas, y se reserva “indio” cuando quiere designar al nativo con ingenuidad infantil, ignorante de la religión católica y los conocimientos europeos. Así empleaba ambos términos, por ejemplo, al referirse a los puentes de mimbre, muestra del ingenio de los “incas”, casta gobernante, que provocó la veneración de los “indios”, población general. A veces, puede elegir entre “indio” o “inca” de acuerdo con lo que quiera expresar en cierto contexto, por lo que un gobernante inca puede ser llamado “indio” para resaltar su condición de gentil o de supersticioso o por el contrario ser llamado “inca” como sinónimo de rey legítimo o príncipe virtuoso.

dimensiones de la muralla de Babilonia demostraban que “esta ciudad fue la más soberviosa cosa que hubo en el mundo y tuvo la monarchía dél muy grande tiempo” (parte III, cap. XXXII, 238). El parangón de la fortaleza con la muralla de Babilonia también operaría como una forma de traducción de aquella realidad americana tan distinta que, vista desde la historia antigua, pretende Garcilaso hacer más accesible. Es importante resaltar que el cuzqueño, aunque admita no alcanzar a comprender cómo lo hicieron, tampoco se adhiere explícitamente a la explicación común, demoníaca o mágica (dada la “familiaridad tan grande que con los demonios tenían”), sino que la contrasta con modelos antiguos de construcciones colosales de los que tampoco hay certeza en torno a cómo se llevaron a cabo.

En el capítulo siguiente, el XXIX, titulado “Tres torreones, los maestros mayores y la piedra cansada”, se concluye la descripción de la fortaleza cuzqueña. En esta sección, Garcilaso conecta la descripción del sitio con su infancia, dado que él y otros muchachos jugaban en ella, ya hecha ruinas, como si fuera un laberinto al que muchos preferían entrar con guía, “la cual había de ser un ovillo de hilo grueso que al entrar dejaban atado a la puerta, para salir guiándose por él” (vol. II, libro VII, cap. XXIX, 152). Al pasar por esas líneas, un lector educado de la época habría evocado de inmediato el famoso laberinto de Creta. Se trata de una referencia clásica que se suma a las siete maravillas antiguas aludidas en el capítulo previo y a la semejanza con los romanos que permea todo el texto. Esta maniobra consolida el proceso de convertir en clásicas las ruinas incaicas y darles una dignidad avalada por la distancia en el tiempo, en la geografía (por lo cual se requiere incluir a testigos que las han visto, Garcilaso incluido) y en la misma cultura de quienes construyeron los edificios, que no es necesariamente compartida por la audiencia a la que se dirige el texto. Campos-Muñoz denomina precisamente a este fenómeno en la escritura de Garcilaso “classicalization”, la cual él percibe en la identificación de Cuzco con Roma y la propia identidad del cuzqueño dentro del texto como otro Julio César, soldado veterano y romano antiguo.

En su semblanza de la construcción, Garcilaso enumera a los cuatro maestros mayores que la edificaron etapa por etapa. Este elemento supone otra posible influencia de Pedro Mexía, quien en su narración de las siete maravillas antiguas apunta los nombres de los artífices cuando puede conseguirlos, como en el caso del Mausoleo, el Faro de Alejandría y el templo de Diana. A propósito del último de los maestros mayores de la fortaleza, Garcilaso introduce la fábula de la piedra cansada: una piedra enorme que se postró, extenuada por el viaje, poco antes de llegar a ocupar su lugar en la fortaleza, se hundió en la tierra y lloró sangre. Se trata de una de las “fábulas historiales” que conforman la médula de los *Comentarios reales*: relatos que Garcilaso sostiene recoger de los antiguos incas, quienes a falta de escritura (y por ende de discurso historiográfico) elaboraron esas “fábulas,” de contenido aparentemente fantástico, para transmitir su pasado, por lo cual son “historiales,” ya que son lo más cercano a una “historia,” como discurso verdadero, dentro de su comunidad.⁶ Luego de contar la fábula, Garcilaso ofrece la “verdad historial,” es decir la interpretación que indaga por el sentido más próximo al discurso de la historia a la manera occidental: la sangre que habría llorado la piedra representa la que derramaron los hombres que murieron cuando esta rodó por una cuesta, tal vez a causa de un accidente o al agotamiento de quienes la transportaban. Se propone entonces a la piedra como metáfora del hombre andino:

La sangre que derramó dicen que es la que lloró, porque la lloraron ellos; y porque no llegó a ser puesta en el edificio, decían que se cansó y que no pudo llegar allá, porque ellos se

⁶ La “fábula historial” como concepto elaborado por Garcilaso proviene del “cuento historial” que desarrolla León Hebreo en los *Diálogos de amor*, según lo ha estudiado Giovanna Arias Carbone, considerando su empleo y significados a lo largo de los *Comentarios reales*.

cansaron de llevarla; de manera que lo que por ellos pasó atribuyeron a la piedra; desta suerte tenían otras muchas fábulas que enseñaban por tradición a sus hijos y descendientes. (vol. II, libro VII, cap. XXIX, 153)⁷

De tal manera, el relato de la piedra cansada es una metáfora de la *energeia* que representa la penosa construcción de las ruinas de la fortaleza, a la vez que conforma, en su materialidad, *ergon*. La piedra cansada, como testimonio semejante a la escritura del pasado inca, solo llamó a los españoles a practicar nuevamente la codicia, con resultados infructuosos: “Dícenme que ahora está más metida debajo de tierra que yo la dejé, porque imaginaron que debajo della había gran tesoro y cavaron como pudieron para sacarlo; mas antes que llegasen al tesoro imaginado, se les hundió aquella gran piedra” (vol. II, libro VII, cap. XXIX, 152). A la luz de la piedra cansada, las ruinas se revisten, así, de un significado profundo, en la medida en que no son solo vestigio de una gloria pasada, sino testimonio presente de una “fábula historial” que remite a los orígenes del imperio y a la forma en que su memoria ha pervivido: en lugar de quedar registrada por escrito, la “fábula historial” permanece a través de la piedra, la cual adquiere, metafóricamente, el poder de la escritura. La fortaleza, en el contexto histórico de los incas, se constituye en precioso capital cultural, tal como lo eran en la península el manejo de cierto lenguaje poético o determinados bienes prestigiosos (Gutiérrez, 13-14).

El territorio andino es un espacio de obstáculos, dada su geografía: las montañas lo convierten en un espacio fragmentario, en el que las comunicaciones se dificultan y la agricultura es un desafío (Flores Galindo, 3-6). A ello se suma el aislamiento del continente americano durante siglos. En términos antropológicos, el imperio incaico afrontó estas dificultades con respuestas ingeniosas que se reflejan en la tecnología de puentes y caminos, así como en la arquitectura pétreo, con la que los constructores se identificaron hasta volverla metáfora y discurso sobre su pasado. Toda esta elaboración cultural, compleja y sabia, de los incas, se contrasta, en el capítulo de Garcilaso, con el sentido soberbio y destructivo de los españoles, que no han tenido el cuidado de preservar la fortaleza para su propio provecho, pensando en la historia de su conquista. Ellos no encuentran en la fortaleza su condición de capital cultural, por lo que no se han apropiado de él, estrategia que para Garcilaso hubiera tenido mucho sentido: “Para que por ella [la fortaleza] vieran en siglos venideros cuán grandes habían sido las fuerzas y el ánimo de los que la ganaron y fuera eterna memoria de sus hazañas” (vol. II, libro VII, cap. XXIX, 153). Aparentemente, los españoles no aprecian la memoria que transmiten los edificios del pueblo conquistado. Más bien, optaron por lo práctico, que fue reutilizar las piedras de la fortaleza:

Por ahorrar la costa y la tardanza y pesadumbre con que los indios labraban las piedras para los edificios, derribaron [los españoles] todo lo que de cantería pulida estaba edificado dentro de las cercas, que no hay casa en la ciudad que no haya sido labrada con aquella piedra, a lo menos las que han labrado los españoles. (vol. II, libro VII, cap. XXIX, 153)

⁷ La identificación de las piedras con los hombres es parte de la cultura andina y Garcilaso la recoge igualmente en otro lugar de los *Comentarios reales*. Entre los incas se explicaba que la victoria sobre la etnia rival, los chancas, se había logrado gracias a esta transformación: “Dieron grandes voces, diciendo que las piedras y las matas de aquellos campos se convertían en hombres y venían a pelear en servicio de su príncipe, porque el Sol y el dios Viracocha lo mandaban así” (vol. I, libro V, cap. XVIII, 262). Arias Carbone analiza esta “fábula historial” conocida como la fábula de los soldados de piedra o *pururauca* (58-62). Por otro lado, en el Siglo de Oro no es extraña la personificación de las piedras, según se observa, por ejemplo, en textos religiosos de Quevedo (Fernández Mosquera, 98-105).

De forma que, en realidad, las ruinas incaicas han permanecido, y con ellas la memoria, no como convencionales “glorious ruins” sino como “renovation ruins,” en un gesto que dice mucho sobre la reutilización de la *energeia* que habían puesto los indígenas en la construcción de la fortaleza. El acto también se había observado en torno a las pirámides de Egipto, como lo apuntaba Pedro Mexía: “Que en cada parte [las pirámides] están arruynadas y sacadas piedras dellas grandísimas para otros edificios” (parte III, cap. XXXII, 244). Esta es otra de las similitudes entre la historia antigua que se conoce en Europa y la historia del Nuevo Mundo que está forjando Garcilaso en los *Comentarios*. En su reflexión sobre las ruinas americanas, Verdesio ha advertido el paralelismo de esta práctica de reutilización de materiales provenientes de ruinas en Europa y el Nuevo Mundo: mientras las piedras de antiguas construcciones romanas se emplean para erigir nuevos palacios renacentistas, en Perú y México se derrumban edificios prehispánicos para construir templos y otras construcciones que reflejaban el nuevo orden político (77).⁸ Las piedras trasladadas de un edificio, ahora derribado, que manifestó antiguamente la grandeza de los incas, forman parte de una expresión de poder de los nuevos señores. De esa forma, incluso sin proponérselo, simplemente por pereza o sentido pragmático, los españoles dejan testimonio de esa superposición de poderes.

Garcilaso cierra el capítulo detallando cómo los españoles fueron desmontando partes de la fortaleza para reubicarlas en sus propias construcciones: las piedras mayores se convirtieron en umbrales y portadas; las menores, cimientos y paredes; las hiladas de piedra, gradas de escalera. Al recrear la erección de una casa española como un *lego* con piezas incaicas, el historiador está narrando, como si fuera una sinécdoque, el aspecto del nuevo Cuzco, cuyos materiales son los mismos, por lo que la huella de los incas persiste y se encuentra paso a paso, a lo largo de la ciudad, solo que escondida a causa de la renovación. Con todo, Garcilaso no deja de contar la destrucción de la fortaleza como un hecho doloroso, impregnado de la nostalgia que desprende toda narrativa sobre ruinas, mucho más si se acepta la invitación a imaginar, a partir de lo que queda, lo que fue: “Desta manera echaron por tierra aquella gran majestad, indigna de tal estrago, que eternamente hará lástima a los que la miraren con atención de lo que fue; derribándola con tanta priesa que aun yo no alcancé della sino las pocas reliquias que he dicho” (vol. II, libro VII, cap. XXIX, 153-154). El énfasis en la “tanta priesa” con la que se ha deteriorado, por mano del hombre, encuentra su actualización en la última noticia que declara haber recibido Garcilaso: “Según me han dicho han derribado parte dellas [de las tres murallas] buscando la cadena o maroma de oro que Huaina Cápac hizo, porque tuvieron conjeturas o rastros que la habían enterrado por allí” (vol. II, libro VII, cap. XXIX, 154). La codicia persiste también y se convierte en el signo de la destrucción de un legado que, parece intuir el historiador, solo permanecerá en su obra, que opera igualmente como un edificio. Dicha imagen de los *Comentarios reales* como edificio quedaba patente bien pronto dentro del texto: “Ya que hemos puesto la primera piedra de nuestro edificio, aunque fabulosa, en el origen de los Incas Reyes del Perú, será razón pasemos adelante en la conquista...” (vol. I, libro I, cap. XIX, 48).

Finalmente, Garcilaso concluye el capítulo declarando que la fortaleza de Cuzco nunca se acabó, porque llegaron las guerras civiles y luego la conquista. Inclusive brinda la explicación, novedosa, de que la piedra cansada se quedó allí porque iba a ser utilizada por los incas para una

⁸ En el soneto que empieza “Desabrigan en altos monumentos”, núm. 58 de la *Poesía original completa*, Quevedo desarrolla el tema aplicado al castillo de Cartagena, para el cual habían utilizado piedras provenientes de sepulcros de la época romana. Dentro de un mensaje estoico, el yo poético señala cómo se mantiene lo viejo en lo nuevo, a la vez que advierte que en el futuro la construcción actual tendrá un fin semejante: “Recuerdos y no alcázares fabricas; / otro vendrá después que de sus torres / alce en tus huesos fábricas más ricas” (vv. 9-11).

edificación que nunca llegó a emprenderse. Las nuevas construcciones quedaron suspendidas por el ocaso del imperio, pues las “atajaron las guerras civiles que poco después entre los hermanos Huáscar Inca y Atahualpa se levantaron, en cuyo tiempo entraron los españoles, que las atajaron y derribaron del todo, como hoy están” (vol. II, libro VII, cap. XXIX, 154). Como apunta Cacho Casal, “the decay of Rome has therefore been both physical and moral: the ruins are not only representing the action of time, but also the degradation of a civilization responsible for its own downfall” (1187). Prosiguiendo con la semejanza entre ambos imperios y épocas, podría observarse que Garcilaso aúna a la crisis interna del imperio la llegada de los conquistadores, por lo que se produce una convergencia de lo que podría llamarse el tiempo antiguo, el de los incas o Roma, y el aquel nuevo tiempo que traen los españoles, el cual supone la imposición de la fe católica y un nuevo señorío. Incluso en la ruptura que representan las guerras y la destrucción, Garcilaso encuentra la continuidad, la que remite al presente de edificaciones en ruinas (“como hoy están”).

La poesía sobre ruinas, como lo postula López Bueno recogiendo la reflexión metapoética que algunos ejemplos líricos brindan, invita a filosofar (88). El tratamiento de las ruinas en los *Comentarios reales* promueve igualmente en el lector una meditación sobre el apogeo y la caída de un imperio, así como sobre la imposición de un nuevo orden que, sin planificarlo, mantiene las huellas del antiguo a través de las ruinas, ora gloriosas (como las de la fortaleza del Cuzco) ora de renovación (como las de las nuevas edificaciones cuzqueñas). La configuración de los incas como romanos, con el trasfondo de sus ruinas, exige a su vez la de los españoles como godos, un lugar común, el goticismo, que fue una corriente ideológica en boga a inicios del siglo XVII (Clavería), del cual también bebe Garcilaso a lo largo de su obra: la identificación de indígenas con romanos y españoles con godos operaba, finalmente, como una coherente *traslatio imperii* para el Nuevo Mundo (Rodríguez Mansilla, 163-165).

Más allá todavía, la representación de las piedras y los hombres que las trabajaron hasta el punto de mimetizarse con ellas, según se plasma en la escritura de Garcilaso, configura el gran legado del historiador cuzqueño para la identidad nacional del Perú como país independiente muchos siglos después. A partir de las fábulas de la piedra cansada o los soldados de piedra, la conexión entre el hombre andino y lo pétreo ha subsistido en la cultura peruana hasta el siglo XX. Inicialmente, es un tópico en la narrativa indigenista con características real-maravillosas, como en *Los ríos profundos* de José María Arguedas: “Los incas tendrían la historia de todas las piedras con ‘encanto’ [‘poder mágico’] y las harían llevar para construir la fortaleza” (150), dice el emocionado protagonista, un adolescente que visita Cuzco como epicentro de su peregrinaje por los Andes. Además, se encuentra en la prosa de un poeta surrealista, en apariencia indiferente a todo rezago indigenista: “Pienso con fervor en el gran amor de los antiguos peruanos por las piedras. [...] Las fortalezas mismas no son sino la expresión del amor devorante y delirante de la piedra” (Moro, 126). La lección de las piedras y los hombres forjada en los *Comentarios reales*, no debe olvidarse, forma parte de una cadena de imágenes y significados que desarrolló Garcilaso a partir del ambiente intelectual aurisecular que vivió entre Montilla y Córdoba a fines del siglo XVI, el cual lo proveyó de ideas que nutrieron su escritura: la admiración por la antigua Roma, el estudio de las antigüedades locales, la erudición miscelánea y la poética de las ruinas. Como aquellas casas cuzqueñas que describía en los *Comentarios reales*, la obra de Garcilaso es el edificio, mixto en sus materiales y diseño, que fusiona dos ricas tradiciones culturales.

Bibliografía

- Acosta, Josef de. *Historia natural y moral de las Indias*. Edición crítica de Fermín del Pino-Díaz. Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 2008.
- Arguedas, José María. *Los ríos profundos*. Ed. Ricardo González Vigil. Madrid: Cátedra, 1998.
- Arias Carbone, Giovanna. *Fábulas históricas y verdades teológicas. La preparación evangélica en los "Comentarios reales de los incas"*. Tesis de licenciatura inédita. Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú, 2013.
- Bernard, Carmen. *Un Inca Platonicien. Garcilaso de la Vega 1539-1616*. Paris: Fayard, 2006.
- Binotti, Lucia. *Cultural Capital, Language and National Identity in Imperial Spain*. London: Tamesis, 2012.
- Brioso Santos, Héctor. *América en la prosa literaria española de los siglos XVI y XVII*. Huelva: Diputación Provincial de Huelva, 1999.
- Cacho Casal, Rodrigo. "The Memory of Ruins: Quevedo's *Silva* to 'Roma antigua y moderna'." *Renaissance Quarterly* 62.4(2009): 1167-1203.
- Campos-Muñoz, Germán. "Cuzco. *Urbis et Orbis*: Rome and Garcilaso de la Vega's Self-Classicalization." *Hispanic Review* 81.2(2013): 123-144.
- Candelas Colodrón, Miguel Ángel. "Las estatuas en la obra de Quevedo." *La Perinola. Revista Anual de Investigación Quevediana* 22(2018): 65-82.
- Castro-Klarén, Sara. "The Ruins of the Present: Cuzco Evoked." En Michael J. Lazzara y Vicky Unruh, ed. *Telling Ruins in Latin America*. New York: Palgrave MacMillan, 2009. 77-86.
- Clavería, Carlos. "Reflejos del 'goticismo' español en la fraseología del Siglo de Oro." En *Studia Philologica. Homenaje ofrecido a Dámaso Alonso por sus amigos y discípulos con ocasión de su 60 aniversario*. Madrid: Gredos, 1960. Vol. 1. 357-372.
- Fernández Mosquera, Santiago. "Quevedo y las piedras." En Ignacio Arellano y Victoriano Roncero, ed. *Quevedo en Manhattan*. Madrid: Visor, 2004. 81-109.
- Flores Galindo, Alberto. *In Search of an Inca. Identity and Utopia in the Andes*. Introduction by Carlos Aguirre and Charles F. Walker. New York: Cambridge University Press, 2010.
- García Mahiques, Rafael. "Sedes virtutis quadrata. Consideraciones sobre la iconografía de los santos penitentes." En Rafael Zafra y José Javier Azanza, ed. *Emblemata Aurea. La emblemática en el arte y la literatura del Siglo de Oro*. Madrid: Akal, 2000. 209-223.
- Garcilaso de la Vega, Inca. *Comentarios reales*. Ed. Ángel Rosenblat. Buenos Aires: Emecé, 1943. 2 vols.
- . *Historia general del Perú*. Ed. Ángel Rosenblat. Buenos Aires: Emecé, 1944. 3 vols.
- Gutiérrez, Carlos M. *La espada, el rayo y la pluma. Quevedo y los campos literario y de poder*. West Lafayette: Purdue University Press, 2005.
- Lara Garrido, José. "Notas sobre la poética de las ruinas en el Barroco." *Analecta Malacitana* 3(1980): 385-399.
- López Bueno, Begoña. "Tópica literaria y realización textual: unas notas sobre la poesía española de las ruinas en el Siglo de Oro." En *Templada lira, 5. Estudios sobre poesía del Siglo de Oro*. Granada: Editorial Don Quijote, 1990. 75-99.
- MacCormack, Sabine. *On the Wings of Time. Rome, the Incas, Spain, and Peru*. Princeton / Oxford: Princeton University Press, 2007.
- Martin, Adrienne. "Zoopoética quijotesca: Cervantes y los Estudios de Animales." *eHumanista/Cervantes* 1(2012): 448-464.
- Mexía, Pedro. *Silva de varia lección, II*. Edición de Antonio Castro. Madrid: Cátedra, 1990.

- Miró Quesada, Aurelio. *El Inca Garcilaso*. Lima: Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú, 1994.
- Moro, César. "Biografía peruana." En Julio Ortega, ed. *Viaje hacia la noche. Antología poética*. Madrid: Huerga y Fierro Editores, 1999.
- Peña Núñez, Beatriz. *Fray Diego de Ocaña: olvido, mentira y memoria*. Alicante: Cuadernos de América sin Nombre, 2016.
- Quevedo, Francisco. *Poesía original completa*. Edición de José Manuel Blecua. Barcelona: Planeta, 1981.
- Rivers, Elias L. "Góngora y el Nuevo Mundo." *Hispania* 75.4(1992): 856-861.
- Rodríguez Mansilla, Fernando. "La estela de Ambrosio de Morales en *La Florida del Inca*." En Pilar Latasa, ed. *Discursos coloniales: texto y poder en la América hispana*. Madrid / Frankfurt Am Main: Universidad de Navarra/ Iberoamericana/ Vervuert, 2011. 153-166.
- Taylor, Diana. "Performing Ruins." En Michael J. Lazzara y Vicky Unruh, eds. *Telling Ruins in Latin America*. New York: Palgrave MacMillan, 2009. 13-26.
- Verdesio, Gustavo. "Invisible at a Glance: Indigenous Cultures of the Past, Ruins, Archaeological Sites, and Our Regimes of Visibility." En Verónica Salles-Reese, ed. *Repensando el pasado, recuperando el futuro. Nuevos aportes interdisciplinarios para el estudio de la América latina. Remembering the Past, Retrieving the Future. New Interdisciplinary Contributions to the Study of Colonial Latin America*. Bogotá: Editorial Pontificia Universidad Javeriana, 2005. 71-90.